

ESCRITORES Y POETAS

Se coincide con Platón, que la palabra es el desarrollo del ser humano en la naturaleza sensible del lenguaje. En sí misma, es la fuente de comunicación y del conocimiento. Por lo demás, todo lo relativo a la palabra descansa en la memoria. Sin memoria cognitiva no hay pensadores, ni tampoco habrá historias y escritores.

El escritor es aquel individuo solitario que se aísla del mundo exterior y en soledad describe lo que su intelecto lucubra. Visto de este modo se transforma en un “sujeto”, oxímoron incluido, “sujeto” a sus ideas. Ideas que puede convertir lo real en ficticio o viceversa, o mixturarlo. Y al mismo tiempo podrá enunciar otras consideraciones menores o mayores, excelsas o ingratas.

De esta manera, la mente que exhala ideas y la expresa mediante palabras, frases u oraciones se convierte, por intermedio del escritor, en escritura. Metamorfoseando de ese modo el entorno real del sujeto solitario, al sublime mundo intelectual de la grafía: su espacio ideal. Es allí cuando el literato encuentra la razón práctica de su soledad y ejecuta, en verso o en prosa, lo que su pensamiento prescribe. Así definido, se comprenderá que “el alma del escritor es la idea escrita”.

Asimismo, es cronista del momento actual o del pasado en máxima objetividad, pues está relatando historia. Y como dice Borges sobre sus historias: “el día de mañana, algunos lúcidos la refutarán fácilmente y me tildarán de impostor”. (Puede suceder conmigo).

Estos revisadores, que tratan de hurgar la veracidad de los hechos pasados en forma imparcial, son los revisionistas auténticos. De lo contrario, si intentan amoldar la historia a subjetivos preconceptos, o acomodar al interés personal o partidario, son pseudorevisionistas. Bastardean la historia.

El escritor que se aprecie sabe que, a su modo, es un artesano. Por lo tanto, sabrá comprender que la creación artesanal se juzga por la calidad de la obra en cuanto a la prosa, y a la sintaxis en cuanto a la oración.

Puede escribir un cuento o una novela. Aquí su imaginación se enfocará hacia el enigma y/o al misterio de amores recientes, tardíos o frustrados. En cambio, en la novela historiográfica podrá crear diálogos imaginarios, como este autor recreó el coloquio mantenido entre Belgrano y nuestro héroe Andrés Guacurarí, o el que sostuvieron el supuesto hijo de Andresito y el Protector de los Pueblos, José Artigas, en su ostracismo obligado (y posterior serena paz) en Paraguay.

¿Y si se inclina por el ensayo? Según la Licenciada en Filosofía y Letras, la misionera Tatiana Galeano: “si se tuviera que elegir un género discursivo comúnmente desarrollado por los intelectuales para expresar sus puntos de vista respecto a cualquier forma de la existencia, de seguro éste género sería el ensayo”.

Tal vez, el escriba, se incline por la poesía, en tal caso admito:
No soy poeta, pero confieso
gustoso hubiera querido ser
como ese tal Walt Whitman,
o como Borges, o Carriego,
tal vez Olga Zamboni,
Tuny Warenycia, o Isabel Birriel...

Poetas que supieron transmitir
con la inspiración del espíritu
las miles expresiones del alma.

Repetidas veces me ha ocurrido
en la soledad noctámbula
donde la mente deambula
en ignotos laberintos imposibles,
sentir raras sensaciones en el pecho.
Emociones inexplicables, abstractas
que de algún modo deseo expresar
y botarlas al viento en forma de versos,
pero inhibido, confieso, no puedo
y consciente me autoexcluyo
porque, repito, no soy poeta.

¡Ah el poeta!
Romántico encantador de la pluma.
El crea ensueños,

épicas,
bellas fantasías y trastoca todo
(o parte)
de lo real en ficticio
o viceversa, si no
recordemos el poema de Guido Spano:
Llora, llora Urataú, (el Urataú no llora)
en las ramas del Yatay. (el Yatay no tiene ramas)
Ya no existe el Paraguay (el Paraguay existe)
donde nací como tú (Guido Spano es argentino)
¡Eso sí, escribo!
Y no pregunten por qué escribo.
O por qué se escribe,
hay decenas de respuestas posibles.
Sí afirmo, convencido,
que cada ser humano
es escritor en potencia.

De última, debemos racionalmente entender, que la intimidad con las letras del escritor (o potencial escritor) no garantiza ilustración.

HOMENAJE AL LIBRO:

Conjunto de hojas escritas una tras otra que da cuenta de la historia de la humanidad. Imprescindible desde que el hombre aprendió a leer y escribir, y siempre nos desasna.

El día 18 de septiembre de 1770 se escribió el primer libro en Misiones. En realidad, fue el primero en Argentina y en Sudamérica toda, pues otros anteriores se editaron en México. Este primer libro lo concretó el padre jesuita José Serrano, una calle de Posadas recuerda su nombre, y se realizó en la imprenta de la Reducción de Nuestra Señora de Loreto. Precisamente, en el cementerio del lugar descansan sus restos junto al gran héroe misionero olvidado: Antonio Ruiz de Montoya. La imprenta se construyó con la mejor madera de la región, y los tipos se elaboraron mediante aleación de hierro y estaño, impregnados con tinta extraída de variadas especies de jugos vegetales, incluido la hoja de la yerba mate.

Recordemos que en las antiguas Misiones los habitantes de los pueblos se autoabastecían en alimentos y vestidos, y los excedentes de la producción comerciaban para adquirir

metales utilizados en la fabricación de elementos de labores agrícolas, íconos e instrumentos musicales. Lo interesante fue que, en los desparramados pueblos de las Misiones, también se escribían libros sin que existiera máquina impresora en cada uno de ellos, sino que esta única se transportaba de un lugar a otro en forma organizada a través de la selva. El primigenio libro impreso fue copia de un texto del “Martirologio Romano”, catálogo donde se describe ordenadamente los nombres de santos y mártires de la iglesia católica. Luego siguieron otros narrados en idioma guaraní, o mixturado con el castellano, y en castellano. Todo un esfuerzo lingüístico. Un suceso trascendente que conmovió a propios y extraños ocurrió en la Misión Santa María, debido al breve escrito en guaraní titulado “Explicación del Catecismo”, cuyo autor intelectual fuera el cacique del pueblo Nicolás Yapuguay, representando de hecho al primer escritor misionero. Es decir, que en la organización comunitaria misionera con respecto a los libros, hubo industria inventora, diseño gráfico, hechura manual y producción intelectual, todas amalgamadas en magnífica labor creadora que cala el espíritu. En la Argentina, sin embargo, el 15 de abril se celebra el Día de Libro, recordando que en esa fecha del año 1908 se entregaron premios por un primer concurso literario organizado por el Consejo Nacional de Mujeres. Luego concretado en efeméride mediante el decreto 1038 del año 1924. En Uruguay, el Día Nacional del Libro se enaltece cada 26 de mayo desde el año 1940. La fecha conmemora el aniversario de la Biblioteca Nacional de Uruguay, la primera biblioteca pública del país fundada en 1816. Es el resultado del análisis lógico de tradición histórica y de simbiosis: libro y biblioteca. En cambio, en nuestra Argentina, los iluminados intelectuales del país central ignoraron, y aún ignoran, que el primer libro en nuestro país se escribió el 18 de septiembre del año 1700 en Misiones; por consiguiente, y por historia, ese día debe ser la fecha real y efectiva del Día de Libro, no por recordar un certamen literario con premios. En tal sentido, no hay pizca de comparación.

Si extranjero alguno se le ocurriera preguntar por qué la fecha del 15 de abril, no más de cinco minutos ocuparía el tiempo de la respuesta. Y si preguntara por el primer libro escrito en Argentina, sobrepasaría hora en explicarla, más aún, si se agrega la epopeya comunitaria y humanista de las Misiones Jesuíticas, único sistema de gobierno socialista concretado

sobre la faz de la tierra. No hubo otro. Reconocería también, que La República Utópica concebida idealmente por Tomás Moro, se puso en práctica moral y espiritualmente en los 30 pueblos misioneros en medio de la selva.

Párrafo aparte merece mencionar a la imprenta, que forma con el libro y la biblioteca la trilogía intelectual que brinda saberes, si es que a estas creaciones del hombre puede asignárseles adjetivos. Ese artificio revolucionario que reemplazó a la escritura manuscrita con la intención de elaborar libros, creado por Gutenberg al ocaso del Medioevo, sirvió al principio para imprimir textos bíblicos y aquellos panfletos de la Reforma Protestante. Medio utilizado por Martín Lutero para enfrentar a la Iglesia Vaticana y atacarla después con inteligente escarnio. En esa transición de sucesivos entredichos de alto voltaje (Lutero-Vaticano), quienes se erigieron en los grandes defensores de la Iglesia Católica fueron los curas Jesuitas, en aquel entonces los hombres con mayor formación intelectual, virtudes morales, ética estoica y de mayor conocimiento e interpretación de la Biblia en el universo religioso, de manera tal que rebatieron con grandes conocimientos la posición que sustentaba la Iglesia Romana. Se entiende entonces que el protestantismo, y los reyes y príncipes que abrazaron el credo de la Reforma, fueron sus grandes enemigos, pues los Jesuitas, levantaron el pendón de la contra reforma erigiendo una muralla a su expansión. He ahí entonces donde se inició el odio hacia los hermanos de la Congragación Ignaciana, retomado siglos más tarde por los iluminados de la ilustración, Voltaire entre ellos, para destrozarlos y tratar hacerlos desaparecer de la faz de la tierra, objetivo que no lograron. Pero eso, es otra historia.

Rubén Emilio García